

Los esposos continuaron su conversación y transcurrido bastante tiempo se dijeron:

—¡Mucho tarda esa...!

No habían concluido de hablar de esta manera cuando sintieron un formidable estruendo que partía del despacho. Acudieron presurosos a él y halláronse con el reloj en el suelo, con una silla caída y con la criada que no acertaba a fijar en parte alguna la errabunda mirada de sus ojos bovinos.

—Pero ¿qué es esto, mujer, qué es esto?—interrogó la señora.

—Ya lo ves—contestó don Juan—. El reloj deshecho con una candidez y con una inocencia paradisiacas, lo cual no deja de ser motivo de satisfacción...

—Oigan *ustés*—respondió, temblorosa, la criada—, oigan *ustés*: es que me subí a la silla y deslapé el *reló* para ver lo que faltaba a las tres, y cuando vi que eran las tres menos seis dedos...

—¡Menos seis dedos!—exclamó a coro el matrimonio.

Sí, menos seis dedos... Pues se me fueron los

pies, se me fué la silla, y yo, que tenía *agarrao* el *reló*, me fui con él al suelo.

—V ahora mismo te vas a ir sin él a la calle.

La esposa, a quien seducía desde hacía mucho tiempo y sin que sepamos por qué la idea de tener una criada acabadita de llegar a la corte, se atrevió a intervenir todavía.

—Hombre, parece que el destino...

—Si—la interrumpió don Juan, inflexible.—Parece que el destino se empeña en dejarla sin idem. Y yo soy de la misma opinión. He dicho que te marches inmediatamente y te vas en seguida, antes de que transcurran siquiera tres dedos, que, a juzgar por lo grueso que son los tuyos, equivaldrán a diez minutos...

Cuando se quedó solo, añadió:

—¡Se acabó, se acabó la criada de pueblo...!

Y en un momento de alegría casi infantil dió tres brincos a lo largo de la estancia, cosa poco digna, es verdad, de un señor mantenedor de juegos florales.

EL ALCOTAN

Desde mi balcón veo los campos, de un verde intenso, que rien al sol primavera! En el confín recorta el horizonte azul la silueta de un pueblecillo, sobre el que se destaca la iglesia parroquial. A un lado las estribaciones de la sierra, que se esfuman blanquecinas. Al otro los cementerios—piedras brillantes, cipreses oscuros—. Por todas partes casitas caprichosamente sembradas, grupos de árboles... Y cruzando por medio, una fila de altos y espesos chopos denuncia un camino fácil y umbroso, grato a la vista...

En la calle, enfrente—como el mío, alto—, un balcón risueño. Entre los hierros, macetas con rosales en flor. Del techo pende una jaula con un canario muy amarillo, muy largo, muy gentil. Una tiña, de negros bucles sobre los que mariposean un lazo rojo, se acerca al pájaro:—Rico, monín, ¿quién te quiere?... Canta, monín, cariñito de tu ama...—Y con la boca le finge besos.

La avecilla, mimosa, pía con dulzura, bate las alas y se acerca a picar la uña rosada de su amita. —Canta, canta, monín...—le dice esta, y el pájaro, obediente, salta a la caña, se yergue, hincha el pecho, toma fuerza y lanza a los aires los arpegios de su sonata.

La niña le escucha con encanto. Las rosas le envían la ofrenda de su perfume. Los gorriones, que hacen su nido en el tejado y merodean en el comedero de la jaula, se detienen un punto ante el maes-

tro. Hasta en el sombrío jardín del palacio contiguo cesa un momento el piar armonioso y el trémulo baír de alas. Sólo los vencejos cruzan, pasan y chillan irreverentes.

La niña le excita con sus cariños y el canario sigue incansable. Pero de dentro llaman a la amita y ésta se aleja. El pájaro, sin advertirlo, canta siempre.

De pronto, su canto se hace más débil, más angustioso. Vuela, choca con los hierros de la jaula asustado, como queriendo huir... y al fin se queda quieto, el plumaje erizado, estremeciéndose dolorosamente...

Un alcotán vuela delante de él, trazando en el aire círculos precisos, cada vez más estrechos. Se aproxima, va a hacer presa, y el pájaro, fascinado, no se mueve. Yo mismo, sujeto al balcón por fuerza extraño, sigo la cabeza con avidez.

Pero me arranco a la cruel sugestión y corro adentro, a buscar en mi mesa un revólver, decidido a todo por salvar al canario.

Cuando vuelvo, empuñando el arma, el cuerpo del pajarillo, sin cabeza, sujeto por las uñitas crispadas, pende de la caña. La niña, alma sensible, llora y mira con anhelos de venganza al aguilucho, que se eleva magestuoso, tranquilo y satisfecho.

Y yo, actuando de providencia tardía, con mi arma inútil en la mano, miro estúpidamente a la niña y al alcotán...

RAFAEL LEYDA

BELDA

FOTÓGRAFO

ROSARIO 19

SANATORIO ROMERO

Parque de Canalejas

ALBACETE

CAFÉS TOSTADOS

Vda. de Baldomero Lerma y C.^a

Marca Legorburo

SALAZONES - COLONIALES

ALBACETE

ACEITES

Fotografía Escobar

ESPECIALIDAD EN LAS AMPLIACIONES

Al contado y a plazos

Avenida de Ramón y Cajal

TELÉFONO 112

Plaza del Altozano, 2, bajo ALBACETE

ALBACETE

Pérez y Feu

Conservas de pescados

AYAMONTE

(HUELVA)